

– Introducción

Al- Andalus era el territorio dominado por los musulmanes en la Península Ibérica. Su extensión geográfica va cambiando con el tiempo al compás de la expansión cristiana, conocido con el nombre de Reconquista.

Al- Andalus proviene de los vándalos, pueblo que poblaron anteriormente esos territorios y están documentados en el año 716. En la batalla de Guadalete, los musulmanes derrotaron al rey visigodo Rodrigo, en el año 711. Tras la batalla, los ejércitos bereberes dirigidos por Tariq, junto a los ejércitos árabes al mando de Musa, prosiguieron la conquista, y en menos de cinco años se hicieron con el dominio del territorio peninsular.

Al- Andalus constituye la parte de Europa donde la presencia Islámica es más intensa y duradera, y adquiere mayor entidad.

Al-Andalus constituye un fenómeno singular dentro de la historia medieval europea y también de la historia posterior. El más largo consistente y directo encuentro entre Europa y el Islam, se produjo en el solar ibérico.

Al Andalus se incorporó al sistema económico del mundo islámico, un mundo fuertemente urbanizado. Sus ciudades eran centros de producción artesanal y de un activo comercio.

Al -Andalus mantuvo relaciones mercantiles con el mundo islámico y con los países cristianos. La agricultura tuvo un papel secundario, aunque aportó importantes novedades como la intensificación del regadío y la introducción de nuevos cultivos. La población fue muy heterogénea. La religión actuó como el principal elemento diferenciador entre musulmanes, cristianos y judíos. Había también diferencias étnicas entre los musulmanes,

árabes, beréberes, hispanos, negros del Sudán y eslavos. Ateniéndonos a criterios económicos existían diversas categorías sociales. La jassa, clase social más elevada, representada por la aristocracia árabe y la masa popular urbana o amma, de la que formaban parte sobre todo muladíes y mozárabes. En el mundo rural

predominaron los aparceros, los pequeños

propietarios vinculados al Estado mediante el pago de tributos, y los campesinos adscritos a la tierra.

En al-Andalus no había separación entre el poder político y el religioso. Los califas eran la máxima autoridad temporal y espiritual de la comunidad.

–El patio de los leones.

Los organismos más importantes de la administración central fueron la cancillería, el servicio de correos y la hacienda, que se nutría de numerosos impuestos en un Estado esencialmente tributario . La administración de justicia corría a cargo de las caídas. Que actuaban de acuerdo con las normas del derecho canónico, el Corán y

la Suená. El gobierno del territorio estaba a cargo de los walíes, jefes de las distintas Corras en las que se dividía al-Andalus. Al frente de la administración local se encontraban los prefectos de las ciudades.

La vinculación existente en el Islam entre el pensamiento y la religión

Resultó en cierta medida un obstáculo para el desarrollo de la cultura. Pese a todo, al-Andalus, particularmente hasta el siglo XI, estuvo muy por delante de la España cristiana en el terreno cultural. Al-Andalus fue, por otra parte, el cauce a través del cual la cristiandad occidental pudo acceder al conocimiento de buena parte de la cultura clásica.

-Emirato y Califato de Córdoba.

En el emirato de Córdoba ocurrieron unas persecuciones religiosas en el reinado de

Abd-al-Rahman II.

La conquista de la península por los musulmanes se realizó con mucha rapidez. Tras los desembarcos de Tariq Ibn Ziyad y de Musa ibn Nusayr, y la victoria de Guadalete (711), vino un avance espectacular que en el plazo de siete años les dio el dominio de toda la península y alcanzó el límite máximo de la expansión árabe en la región de Poitiers, donde fueron vencidos por las tropas de Carlos Martel (732). La rapidez se explica por las ventajas de tipo social que la nueva religión concedía a los siervos, las de tipo económicos y por el escaso arraigo del cristianismo en los

pagos que llevaron seguidas de numerosas – **La Mezquita de Córdoba.**

conversiones.

Los jefes recibieron el título de emir, dieron origen a dos períodos. Primero tuvo lugar la instalación de dos oleadas árabes; la de los baladíes y la de los sirios que ocuparon el levante. Para dominar todo el país instalaron guarniciones permanentes en unas cuantas plazas fuertes en la meseta. Los bereberes se instalaron en las llanuras de la meseta y en altos valles, el hambre del 740 les llevaron a evacuar la meseta norte. El asentamiento de todas estas gentes en las tierras ocupadas se hizo de acuerdo con dos figuras jurídicas: por la iqta(reparto) o por la instalación como aparceros en dominios de los estados. Estas concesiones llevaban la obligación de poner a disposición del estado determinados contingentes de tropas. La soberanía afectiva del califa de Damasco fue de hecho nula igual como la autoridad del gobernador de Omayyad de la al-Andalus. Las más de las veces fueron nombrados por sus propios vasallos y se limitaron a recabar el reconocimiento de la autoridad inmediata superior. La caída del califato omeya en oriente trajo como consecuencia la independencia política de la península Abd al-Rahman I adoptó el título de hijo de los califas.

El verdadero organizador del emirato independiente fue Abd al-Rahman II. Los frecuentes contactos comerciales y culturales con oriente le convencieron de la superioridad de la administración abasí. Delegó sus poderes en los visires responsables ante él, el más importante de ellos recibió el título de chambelán. Las provincias, estaban ya divididas en dos grupos: las tres fronteras o sea la superior, media e inferior y las anteriores o caras.

En Córdoba estaban los tribunales de apelación y entre ellos el de las injusticias presididos por un visir y que entendía en los casos de abuso de autoridad.

Los impuestos coránicos casi nunca bastaron para hacer frente al gasto del estado.

La vida económica alcanzó un desarrollo insospechado gracias a la larga etapa de paz que el califato dio a sus súbditos que proporcionaron al fisco unos ingresos saneados que permitieron la construcción de las ciudades residenciales de Medina Azara y Medina Azahira. Las ciudades de al-Andalus alcanzaron un auge demográfico insospechado que las puso por delante de todas las demás de occidente: Córdoba contó con 250.000 habitantes; Toledo, 37000; Almería, 27000; Granada, 26000; Zaragoza, 17000, Valencia; 15000, y Málaga, otros tantos.

La vida económica propiamente dicha esta basada en la agricultura y ganadería. El cultivo de cereales, muchas veces deficitarias y de las legumbres, fueron particularmente intensos. Los excedentes de aceitunas, de uvas e higos fueron exportados con pingües beneficios hacia oriente. No está probado pero en el s. X existieron molinos de viento en al-Andalus. Y que se introdujeran el arroz, la caña de azúcar, el naranjo y el toronjo. La capa forestal alcanzó probablemente su extensión máxima en la península y fue aprovechada para la construcción de barcos en especial en los astilleros de Tortosa.

La ganadería estuvo en manos de los bereberes. En época de Abd al-Rahmán II se introdujeron los primeros camellos en España, pero fue Almanzón quien realizó importaciones masivas de estos animales para utilizarlos como transportes militares.

Las técnicas de extracción minera no experimentaron avances sensibles con respecto a los de la época romana, y los metales explotados fueron los mismos que en la antigüedad: oro, plata.

La industria de tipo artesano se centró en la manufactura de objetos de lujo.

En la época del califato la cultura de los musulmanes andaluces puede parangonarse por primera vez con la de sus correligionarios orientales. El desarrollo de las ciencias y de las letras sería inexplicable sin tener en cuenta las facilidades que los emires dieron a los sabios orientales inmigrados.

La medicina estuvo en manos de los mozárabes hasta mediados del s. IX. En esta época llegaron prácticos de oriente que desplazaron a los cristianos y, un siglo después, pudo adaptarse la traducción oriental del Dioscórides a la terminología botánica de al-Andalus, gracias a la colaboración del judío Hasday ibn Saprüt, del monje bizantino Nicolás y del médico musulmán Ibn Yulyul.

Los alfaquíes persiguieron sin tregua a quienes los cultivaron más allá de los rudimentos necesarios para la solución de los problemas juridicorreligiosos en el emirato de Abd al-Rahman II y en el califato.

La difusión de la cultura andalusí por Europa quedó asegurada gracias a los continuos viajes de los monjes mozárabes a la España cristiana y desde la Marca Hispánica hasta la Lorena.

Instaurado por obra de Abd-al-Rahman III (929). Los sucesores más insignes del fundador fueron Alhakén II e Heisem II. Su fundación significó la ruptura de toda la relación con el califato de Bagdad y el inicio de la época más brillante de la dominación musulmana en España. Los soberanos incrementaron sus atribuciones y se revistieron de un carácter autocrático en el ejercicio de su poder. La fundación de los reinos de Taifas (1031) puso fin al apogeo político del califato. El califato de Córdoba conoció una de sus épocas de mayor esplendor.

-Los reinos de Taifas.

La época de los reinos de taifas cubre casi todo el siglo, es un tiempo de intensas y continuas disputas internas entre diversos estadillos regionales, surgidos del fraccionamiento del régimen omeya. Es una época de claro predominio de los intereses

.particularistas, aprovechada por los reinos cristianos para ampliar su extensión, especialmente por la zona central, llegando a la línea del Tajo con la toma de Toledo por el rey de Castilla Alfonso VI (1085), en lo que puede considerarse como fecha muy representativa de la situación. La actividad cultural no decae, sino que, manteniéndose en varios terrenos– la literatura, encanta el espléndido panorama de maduras manifestaciones

en casi todos los órdenes de la creatividad, que se producen de inmediato, significando muchos los máximos exponentes del genio andalusí y de su contribución a la civilización universal. Los reinos de taifas surgidos en la Península Ibérica a la caída del califato de Córdoba, por los años 1009 hasta el año 1.110 con una decadencia política

–Mapa de la batalla de navas en Tolosa

y militar destacó el éxito de la astronomía, de la arquitectura, medicina, matemáticas, música, poesía y filosofía.

Los reyes de taifas cayeron paulatinamente en la influencia de los reinos del norte. Existieron dos periodos:

1º) Los primeros taifas: desde 1009 fueron una serie de estados cantonales lucharon entre ellos hasta el año 1031, admitiendo la injerencia independiente que externa hispanocristiana y ocasionando la destrucción de las ciudades administrativas como Medina Azahara.

2º) Las segundas taifas: formadas por reinos independientes de al-Andalus instaurándose la unidad de esta con la conquista almorávide. Estos reinos surgieron en la decadencia almorávide entre 1.144 y 1.170. se basaban en un personaje concreto y eran reducidos fácilmente por los almohades después de 1.146. El arte de estos reinos se caracteriza por pequeñas construcciones, con una pobreza de materiales oculta tras la utilización de una decoración profusa.

Los reinos de Taifas eran reinos musulmanes creados en la península Ibérica a partir del siglo XI. Al-Andalus se fragmentó en numerosos núcleos independientes de los cuáles se situaron los reyes de taifas. En el sur de la península surgieron principados controlados de los bereberes, mientras que en la zona oriental del al-Andalus, sede Almería a Tortosa, la supremacía correspondió a los eslavos. En las ciudades del interior se impusieron familias nobles analusíes, de origen árabe o muladíes. La expansión de los más poderosos provocó una agrupación de Taifas. En la segunda mitad del siglo XI solo subsistían los reinos de Zaragoza, Badajoz, Toledo, Granada y Sevilla.

Las continuas guerras entre los reinos de Taifas favorecieron la intervención de los reyes cristianos, a través de la política de parias: los taifas pagaban a los cristianos tributos para no ser atacados ó a cambio de ayuda militar. La sangría económica

a la que se vieron sometidos les obligó

a incrementar la presión fiscal sobre sus súbditos. Lo que motivó el descontento de la población. En este periodo se produjo un cierto progreso económico y fue una época de esplendor cultural.

La obra más representativa es la alfarería de Zaragoza. –**Batalla de Navas en Tolosa.**

La situación frente a los cristianos se hizo patente en él (1085) con la conquista de Toledo por Alfonso VI. Este suceso precipitó la invasión almorávide y con ella la desaparición de los primeros taifas.

–**Almorávides y almohades.**

Almorávides, miembros de una dinastía que constituyó un imperio musulmán norteafricano que dominó al-Andalus desde finales del siglo XI hasta mediados del XII. Los almorávides (del árabe al-murabit, hombres del ribat) eran una confederación de

tribus (bereberes). Entre los años 1055 y 1080, los almorávides conquistaron todo el norte de Africa. En el 1070 fundaron Marrakech, que se convertiría en la capital del Imperio.

Tras la conquista de Toledo (1085) por Alfonso VI, los reyes taifas de Sevilla, Granada y Badajoz pidieron ayuda al dirigente almorávide Ysuf Ibn Tashfin que derrotó al monarca

castellano en la batalla de Sagrajas (1086). En el año 1090, los almorávides,

con el apoyo de los juristas malikies y del pueblo llano, descontentos de sus soberanos,

invadieron al-Andalus y conquistaron los diversos reinos taifas: Granada (1090), Sevilla (1091), Badajoz (1094), Valencia (1102), Granada se convirtió en la capital de la España almorávide.

La llegada de los almorávides y la unificación de al-Andalus detuvo el avance de los castellanos. En la batalla de Uclés(1108) infligieron una nueva derrota al rey castellano, Alfonso VI. Dos años después, en 1110, incorporaron el

reino taifa de Zaragoza, pero su dominio – **La Giralda.**

fue efímero. En el año 1118 el rey de Aragón, Alfonso I el batallador, tomó la ciudad. Esta derrota constituyó el hito para el régimen almorávide en al-Andalus. En los años siguientes no consiguieron conquistar Toledo, y Alfonso VII reanudó la ofensiva castellana, derrotando a los almorávides en diversas batallas entre 1139y 1146. Al quebrarse su capacidad militar, la unidad de al-Andalus se resquebrajó dando lugar a los segundos reinos taifas. La decadencia del poder almorávide en la península Ibérica coincidió con el declive de su imperio en el norte de Africa como consecuencia de la expansión de los almohades.

El ocaso de los almorávides no se produjo exclusivamente por factores externos. Su implantación en al-Andalus tuvo un carácter eminentemente militar, y el fanatismo religioso de que hicieron gala contribuyó a desintegrar la heterogénea sociedad de al-Andalus. La intransigencia de los almorávides motivó la emigración de numerosos mozárabes y judíos hacia tierras cristianas, provocó el descontento de la población y repercutió negativamente en el desarrollo de las letras, las ciencias y la filosofía.

Almohades, miembros de la dinastía que constituyó un imperio beréber norteafricano que dominó la España musulmana en las últimas décadas del siglo XII y la primera mitad del siglo XIII. Los almohades surgieron como un movimiento religioso reformista que aglutinó a diversas tribus montañosas del Atlas. Su dirigente, Ibn Tudmar (c.1089–1128), se opuso radicalmente a los almorávides y emprendió una reforma que suponía una reelaboración del dogma islámico. Sus seguidores recibieron el nombre de *al-muwahhidun*, 'los partidarios de la unicidad'.

Bajo la dirección de Abd al Mumin (1130–1163), conquistaron los principales enclaves almorávides en el norte de África y en la península Ibérica. En el año 1147 tomaron Marrakech, que se convertiría en la nueva capital del Imperio almohade. Al tiempo que extendían su imperio por las tierras del Magreb, los almohades llevaron a cabo la conquista de al-Andalus, fragmentada de nuevo en reinos taifas. El dominio de la Península se inició en 1147 con la ocupación de Sevilla, pero no culminó hasta 1172. En esta fecha, el segundo califa almohade Abu Yaqub Yusuf (1163–1184) incorporó el reino de Valencia y Murcia, que se había mantenido independiente bajo la soberanía de Ibn Mardanis, conocido como 'el Rey Lobo'. Sevilla se convirtió en la capital andalusí del Imperio almohade.

Consolidada la unificación de al-Andalus, los almohades intensificaron su ofensiva contra los reinos cristianos. El gran ataque se produjo en 1195. El califa Abu Yusuf Ya'qub (1184–1199) aplastó al ejército castellano dirigido por Alfonso VIII en la batalla de Alarcos. En los años siguientes, los almohades dirigieron campañas devastadoras contra las fronteras de León y de Castilla, defendidas por las órdenes militares. La gravedad de la situación obligó a los reyes cristianos a relegar sus diferencias internas para hacer un frente común contra los almohades. En el año 1212 las tropas cristianas destrozaron al ejército almohade en la batalla de las Navas de Tolosa. Con esta derrota el poder de los almohades en la Península quedó prácticamente aniquilado.

El régimen almohade fue ante todo una dictadura militar. Sus dirigentes, que ejercían un poder absoluto, ostentaron el título de califas, pero no contaron en ningún momento con el apoyo popular. Pese a todo, durante la dominación almohade al-Andalus vivió una época de indudable progreso desde el punto de vista económico. La cultura y las artes tomaron un nuevo impulso. Los estudios filosóficos resurgieron en al-Andalus de la mano de Averroes y de Abentofail. La obra más conocida del arte almohade es la Giralda de Sevilla.

La crisis política se agudiza a finales del s. XI. Los almorávides posibilitan la recomposición del Islam hispánico, de Al-Andalus, se aborda en una amplia Berberización, que se dispondrá en dos en dos fases sucesivas: dinastía almorávide hasta mediados del s. XII, y dinastía almohade hasta el primer cuarto del s. XIII. El proyecto político-social del Islam hispánico experimenta grandes transformaciones en muchos aspectos, parte de la historiografía especializada más reciente habla de Los nuevos musulmanes peninsulares.

Esta recomposición, en dos fases, no tiene un éxito definitivo ni supone la restauración política plena. En el aspecto moral las mayores dificultades que con frecuencia encuentra la expansión cristiana por sus dos vectores, los ocasionales triunfos militares que los nuevos regímenes andalusíes obtienen lo cierto es que el salto final es más bien negativo, antes de que el siglo XIII haya llegado a su mitad, plazas tan importantes como Córdoba y Sevilla, o los reinos de Valencia y Murcia en el Levante peninsular, se han perdido para el Islam.

En el mismo desenlace se produce en lo que queda bajo el poder musulmán del archipiélago balear, en donde los regímenes andalusíes fueron incapaces de contener las ambiciones dinásticas locales.

El proyecto almorávide y almohade se ven en inmensos, en crisis que les atenazan y les impiden consolidarse y realizar la hipotética reestructuración política. Intervino la conflictividad interna musulmana, que haría baldíos. Esos posibles esfuerzos reunificadores. El lento deterioro que sufre el centro peninsular andalusí no se ve compensado por la recuperación, que experimenta toda la zona levantina, que tiene, sus propios planteamientos regionales, para configurar un Oriente de al-Andalus que parece buscar su autonomía y asentar su propia modalidad. Los almorávides como almohades, sucesivamente, se enfrentan a la imposibilidad de recuperar la periferia musulmana peninsular.

En este contexto de lento deterioro político y militar, la civilización andalusí alcanza, en la mayoría de los terrenos, su apogeo cultural y máximo florecimiento. Se trata además de un desarrollo, bastante más global, equilibrado y homogéneo que épocas anteriores; se manifiesta en todas las ramas del saber, del arte y de la técnica. Se observa como cuaja un auténtico pensamiento andalusí, que cuenta con figuras egregias, nombre señeros no sólo de la civilización islámica general, sino también de rango y dimensión universales: al respecto, baste con recordar los nombres de Ibn Hazm o Abenhazam (94–1064), Ibn Rusd o Averroes (1126–1198), e Ibn al-Arabi (1165–1240). Continuator en parte de esta gran actividad intelectual es el mismo Ibn Jaldun (1332–1406), que, aunque nacido en Túnez, pertenecía a una familia de viejo linaje andalusí asentada en Sevilla durante siglos.

–El Reino nazarí de Granada.

En el año 929, el emir Abd al-Rahman III adoptó el título de califa, lo que significó la independencia religiosa de al-Andalus. Los califas Omeyas restauraron el orden en el interior de al-Andalus, mantuvieron las fronteras con los núcleos cristianos y extendieron su poder por el norte de Africa. Fue una época en la que se dieron cita la prosperidad económica y el esplendor cultural y artístico. En el último cuarto de siglo X se estableció en el califato una dictadura militar cuyo fundador fue conocido Almanzor. En estos años de intensa actividad militar contra los cristianos del norte, se exacerbaron las diferencias entre los grupos étnicos de al-Andalus provocando la ruina del califato de Córdoba (1031) y la fragmentación de al-Andalus en numerosos reinos de taifas. La España musulmana volvió a unificarse bajo el imperio de los almorávides (1090–1145) y de los almohades (1157–1212), pero la gran expansión cristiana del siglo XIII redujo el espacio dominado por

• Rendición de Granada.

los musulmanes al reino nazarí de

Reino de Granada, reino musulmán de la península Ibérica que existió como entidad política independiente en dos periodos distintos de la historia de al-Andalus, también se le conoce como reino nazarí de Granada.

Tras la desaparición del califato de Córdoba (1031) surgió como reino taifa, bajo la soberanía beréber de los Ziríes, hasta que en el año 1090 fue conquistado por los almorávides. El reino nazarí de Granada se constituyó tras el hundimiento del Imperio almohade. Su fundador, Muhammad I (1237–1273), pertenecía a la familia árabe de los Banu Nasr (de ahí nazarí). Aparte de la capital, sus enclaves más importantes fueron Málaga y Almería. Finalmente, el emir granadino se convirtió en tributario de los reyes castellanos para mantener su independencia. Pese a la constante presión de Castilla, el reino de Granada logró sobrevivir como último vestigio del poder musulmán en la Península hasta el año 1492, en que fue conquistado por los Reyes Católicos, para pasar a formar parte de la Corona de Castilla.

La última fase del Islam hispánico dura aproximadamente dos siglos y medio, y se reduce a la historia del reino nazarí de Granada. El mantenimiento, durante tanto tiempo, de este último reducto local no deja de ser una cierta paradoja y hasta presenta rasgos de anacronismo, pero puede también en parte explicarse por la hábil política exterior que emires granadinos realizan. Granada es el único caso de poder autóctono que se consolida en al-Andalus, a partir del turbulento final que tuvo el régimen almohade.

Los emires nazaríes ponen en práctica, tanto con Castilla como con los nuevos señores del Magreb occidental, los meriníes, unas flexibles formas de tira y afloja, de pactos y rupturas, de alternativas y cambios en las alianzas bilaterales, hasta de vasallaje o tributación –sobre todo con Castilla– que resulta útil y acorde con sus intereses. Asimismo, la Granada nazarí aprovechó al máximo su excelente situación como punto de enlace en los grandes circuitos comerciales, de sus puertos, sobre todo Málaga, para el tráfico entre Italia y en mar del Norte y entre África y Europa, a través de la península Ibérica. Todo ello propició una actividad próspera, que aseguraba beneficios al enclave nazarí. La Granada nazarí no hacía sino continuar una de las características fundamentales del sistema económico mercantil de al-Andalus ya desde época anterior al califato de Córdoba.

Toda esta situación no resultaba fácilmente mantenible y reflejaba la evidente vulnerabilidad del enclave nazarí, que se veía afectado en el conflicto por control del estrecho, su flanco occidental.

El anacronismo termina cuando los Reyes católicos así lo deciden (1492). La desaparición del al-Andalus, del Islam hispánico.